

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Hidefuji Someda

Doctor honoris causa

Cuadernos del Archivo de la Universidad **41**

Lima, 2005

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla

René Ortiz Caballero

Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz

Archivero de la Universidad

Pontificia Universidad Católica del Perú

Hidefuji Someda: Doctor honoris causa

. -- Lima : PUCP. Archivo de la Universidad, 2005.

35 p. : il. ; 20 cm. -- (Cuadernos del Archivo de la Universidad; 41)

Archivo de la Universidad PUCP

Apartado 1761 – Lima 100, Perú

Correo electrónico: archivo@pucp.edu.pe

Fax: (511) 626 2857

Hecho el Depósito Legal en la BNP 2005-6423



A handwritten signature in black ink, appearing to read 'HIDEFUJI SOMEDA'. The signature is stylized with long horizontal strokes extending from the left and right sides.

Doctor HIDEFUJI SOMEDA

Doctor honoris causa

29 de abril del 2005

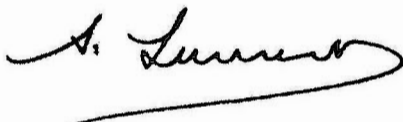
(Foto por Giovanna Fernández Guadalupe)

Presentación

Son diversos los caminos por los cuales los seres humanos ganamos y afirmamos nuestros vínculos con las demás personas, con los lugares, con las tradiciones. Fuera de las rutas que a veces nos propone el azar, esos vínculos son tendidos, en ocasiones venturosas, no solamente con las razones que brotan del intelecto sino también con las que nacen –como diría Pascal– del corazón. Mediante ellas podemos asumir voluntariamente una historia dentro de la cual no hemos nacido, nos es factible entablar sólidos lazos de amistad y camaradería con gente a la cual conocimos tardíamente, en fin, llegamos a sentirnos en nuestro propio hogar aún cuando nos hallemos a miles de kilómetros de nuestra tierra originaria. Es esto lo que le empezó a acontecer a Hidefují Someda cuando, hace ya casi veinticinco años, decidió venir a nuestro país, a ese Perú del cual ya sabía por los libros pero que aún no le había hablado directamente a través de sus costumbres, de su cotidianidad. Creo no equivocarme si presumo que, recién llegados él y su familia, vieron cómo lo que hasta ese momento era una atracción nacida del estudio de la historia se transformaba en un afecto real y profundo por una sociedad que con todas sus carencias y peligros –pues eran malos los momentos que en ese entonces vivía nuestra patria– le abría su corazón y le expresaba afecto y amistad. Por ese entonces me desempeñaba como jefe del Departamento de Humanidades y por ello me correspondió el grato deber de acogerlo y de propiciar que hallara en nuestros claustros el lugar adecuado para las esperadas lecciones que impartiría sobre la historia del Japón, país en el que había nacido. También era preciso, en ese momento, facilitar a nuestro nuevo amigo un ambiente propicio para la investigación que deseaba realizar en torno a los textos de los cronistas de Indias, tema que ya en ese entonces le cautivaba y que, con el correr del tiempo, ha dominado con maestría pues, a la luz de esos recuentos, él ha podido desentrañar del modo más cabal los avatares de la sociedad peruana en formación durante el tiempo de la Conquista.

Huelga decir que no tuvo que transcurrir mucho tiempo para que Hidefuji se considerase uno de nosotros. En efecto, ya desde aquella época, y cada vez de modo más intenso, el Perú se convirtió para Hidefuji, para su esposa Emiko y para sus tres queridos hijos en una segunda patria. Se trató de un caso en el cual, de manera afortunada, los intereses académicos de quien estaba destinado, gracias al apoyo de la Fundación Japón, a ser solamente un profesor invitado, se mezclaron armoniosamente con la vida misma, y fruto de tal conjunción fue su identificación cada vez más intensa no sólo con el pasado peruano sino también con su vida presente y, lo que es más importante, con sus instituciones y sus gentes. Fue así como la Pontificia Universidad Católica del Perú se convirtió para Hidefuji en hogar intelectual y como él se convirtió para sus colegas, los profesores de la PUCP, en un amigo entrañable. Tal situación real –es decir, su condición de verdadero miembro de nuestra Casa– reclamaba, desde luego, un reconocimiento oficial e institucional y fue así que, a pedido del propio claustro, el Consejo de la Universidad decidió unánimemente reconocerlo como Doctor *honoris causa*.

Los textos que componen esta publicación son el reflejo del acto académico en el cual se produjo la Colación de ese grado tan justamente otorgado. Asimismo, ellos constituyen ciertamente un tributo que, a través de la letra impresa, la Universidad Católica –y con ella sus colegas y amigos– ofrecen a Hidefuji Someda como una manera de expresar no sólo la alta estima que ha sabido merecer como intelectual de reconocida valía sino también, y sobre todo, el profundo afecto que sentimos hacia un amigo leal y generoso.



Salomón Lerner Febres
Rector *emérito*



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

CONSEJO UNIVERSITARIO

RESOLUCIÓN DE CONSEJO UNIVERSITARIO N° 010/2005

EL CONSEJO UNIVERSITARIO:

Vista la propuesta presentada por el Consejo de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de nombrar Doctor Honoris Causa de la Pontificia Universidad Católica del Perú al profesor Hidefuji Sameda;

CONSIDERANDO:

Que el profesor Sameda es reconocido internacionalmente como especialista, investigador y docente en el ámbito de la historia latinoamericana, en particular del Perú en sus etapas Prehispánica y Colonial;

Que el profesor Sameda ha seguido una carrera académica prolongada y relevante en su calidad de profesor de la Universidad de Estudios Extranjeros de Osaka, Japón, casa de estudios de la cual es actualmente Director de la Escuela de Posgrado;

Que el profesor Sameda ha venido realizando una significativa labor de difusión del conocimiento de la historia del Perú en el Japón a través de cursos, conferencias y publicaciones, entre las que destacan sus investigaciones y traducciones de fuentes históricas quinientistas;

Que el profesor Sameda ha llevado a cabo una destacada obra de promoción de la cooperación académica entre la Universidad de Estudios Extranjeros de Osaka y la Pontificia Universidad Católica del Perú, a través de la gestión de los programas de intercambio estudiantil y de su significativa actividad como profesor invitado del Departamento de Humanidades de nuestra casa de estudios y conferencista;

En uso de las atribuciones que le confiere el inciso f) del artículo 79° del Estatuto de la Universidad,

RESUELVE:

Nombrar Doctor Honoris Causa de la Pontificia Universidad Católica del Perú al profesor Hidefuji Sameda, en reconocimiento de su contribución al progreso de los estudios peruanistas y de su dedicada actividad de promoción del intercambio cultural entre el Japón y el Perú.

Regístrese, comuníquese y archívese.

Lima, 12 de enero del 2005


RENE ORTIZ CABALLERO
Secretario General


LUIS GUZMÁN BARRÓN SOBREVILLA
Rector

Hidefuji Someda: animador del diálogo intercultural

Liliana Regalado de Hurtado

Los méritos académicos del profesor Someda que lo hacen acreedor esta tarde del Doctorado *honoris causa* han sido ya reseñados en la lectura de las consideraciones tomadas en cuenta por el Consejo Universitario, quiero solamente subrayar otros reconocimientos que se le han conferido: Huésped Distinguido de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, 1974; Premio para la investigación sobre Fray Bartolomé de Las Casas otorgado en 1976 por la Asociación de Universidades Católicas del Japón; Miembro Académico del Patronato Fray Bartolomé de Las Casas de Chiapas, México, incorporación que tuvo lugar en 1987; Premio para la investigación sobre el significado histórico del "Descubrimiento de América", Fundación Inamori, Kioto, 1991.

Nacido al filo del término de la segunda guerra mundial, Hidefuji Someda creció y vivió su experiencia académica durante la postguerra y el periodo de la guerra fría. Japón, su patria, alcanzó a partir de entonces un enorme desarrollo abierto plenamente a Occidente y de esta forma, la experiencia de percibir a los otros a partir del contacto renovado de su país con las diferentes culturas del mundo occidental formó parte del entorno social y cultural de este distinguido investigador. Por eso su vocación por acercarse a las sociedades tradicionales como la mexicana, la andina no puede parecernos de ninguna manera extraña lo mismo que su particular sensibilidad para el abordaje de las culturas y las sociedades diferentes. Tampoco su inclinación por evaluar el impacto que pueden producir en las sociedades los procesos de expansión política o económica, la ocupación de territorios y sobre todo las complejidades de mirar y procurar entender a otras culturas a partir de la clara percepción de las diferencias. En suma, debe recordarse también que entre 1960 y 1970 cuando Someda completaba su formación académica hacía buen tiempo que estaba institucionalizada la antropología en Inglaterra, Estados Unidos de América y Francia y se desplegaban la antropología cultural, la etnología, la antropología social y la nueva

historia. Por entonces se producía el reencuentro de la historia con la antropología y en nuestro medio en especial adquiere su mayor desarrollo el método etnohistórico que Valcárcel había iniciado allá por 1945 y que Franklin Pease introdujo en nuestra universidad. Por eso, cuando el profesor Someda toma contacto con los Andes, a través justamente de la Universidad Católica, encuentra aquí una manera nueva de encarar a la historia andina, cuestión que seguramente le era familiar desde su actividad en México, pues hacía buen tiempo que León Portilla hablaba también de una lectura distinta de las crónicas y de una visión que rescataba el punto de vista indígena.

Por eso en su momento, en ocasión de la presentación de *El imperio de los incas: imagen del Tahuantinsuyu creada por los cronistas* de nuestro colega y amigo y publicado en 1999, postulé que el tema de fondo no era en dicha obra el llamado Imperio de los Incas, sino es "el otro", o mejor dicho los otros: la sociedad andina prehispánica, la organización incaica y los españoles actuando como observadores de una realidad que les era desconocida y que encararon a partir de sus propios paradigmas con una visión eurocentrista, dicho sea de paso explicable en su época. A ello debe añadirse otra alteridad más observando al mundo incaico, en este caso es el propio autor, Hidefujii Someda, quien busca a través de este trabajo, que es un estado de la cuestión sobre la imagen de lo incaico en las crónicas, hacerse una idea acerca del mundo andino prehispánico y, a partir de él establecer un ejemplo para la apreciación de lo extranjero, lo ajeno, la cultura diferente, en cualquier época. En efecto, originalmente dirigido a sus lectores japoneses, este libro nos muestra la manera cómo un estudioso de la historia latinoamericana en general y de la mexicana y peruana en particular se esfuerza por entender una realidad que le es extraña, planteándose además de manera precisa determinados requisitos que responden asimismo a la urgencia no sólo de acercarse más adecuadamente al pasado, sino de afrontar los retos de las relaciones interculturales que tanto preocupan hoy, en plena era de la llamada globalización.

Referirnos a la personalidad, la vida y la obra de nuestro colega hace necesario insistir sobre el origen de su interés por el mundo

indígena americano y particularmente de Mesoamérica y los Andes a través de un ejercicio pleno de interculturalidad. Debiéramos decir, haciendo gala de cierta audacia, que Someda llegó al mundo indígena de la mano de fray Bartolomé de Las Casas, sobre cuya vida y obra es un especialista. Tal vez inspirado por el infatigable defensor de los derechos de los indígenas y crítico feroz de los excesos de la conquista es que nuestro colega afirma en uno de sus trabajos que:

“la historia de los habitantes naturales del Nuevo Mundo fue interrumpida de repente con la llegada o invasión de los españoles” pero junto con los historiadores de su época Someda añade: “dicha historia ha sido contada y creada por los europeos.”

Contar y crear una historia, formular imágenes acerca del pasado son asuntos ahora tan familiares y nos engarzan en una discusión que todavía no se agota respecto a temas como las intermediaciones, el sentido de la información que contiene las fuentes, los discursos y el andamiaje simbólico que se desprenden de ellos y de la escritura de la historia, los límites de la objetividad, el rol de la subjetividad, la narrativa histórica (hoy revalorizada y orientada de manera diferente a aquella que antaño recusaba la escuela de los Anales), la verdad y la ficción. En el trabajo mencionado Hidefuji Someda busca ofrecer con la sinceridad, la honradez y la inteligencia que lo caracterizan una imagen que ha recogido del fondo de las crónicas, en un esfuerzo importante por desestructurar el discurso y de él extraer las imágenes imprecisas o distorsionadas que contiene, para mostrarnos lo que ha logrado en el esfuerzo de no ser necesariamente el otro, sino el estudioso cercano a nosotros, a nuestra realidad y a nuestro pasado:

“¡Tan fascinantes son para los japoneses las civilizaciones prehispánicas del continente americano! Pero estas civilizaciones suelen ser presentadas con un adjetivo que excita la curiosidad, tal como ‘de oro’, ‘de sol’ o ‘enigmática’; y aun son consideradas simplemente como civilizaciones pasadas reconocibles sólo por medio de las ruinas o vestigios visibles. Es decir que, aunque tomamos como cosa natural que

nuestra cultura de hoy es producto de un largo proceso de evolución, en cuanto a las culturas ajenas se refiere, sobre todo a las culturas que construyeron aisladamente los hombres americanos llamados 'indios', la gente que vivía en las tierras dominadas y colonizadas por las potencias europeas, tendemos a parar las agujas del reloj."

También debe destacarse de su condición de americanista y peruanista, las numerosas ediciones en las que ha volcado al idioma japonés importantes trabajos antiguos y modernos, pero fundamentalmente, varias crónicas y documentos referidos a la historia andina:

- 1975 "Charles Quint" por Henri Lapeyre, Col. *¿Qué sé yo?* Núm. 574, Ed. Hakusui-Sha, Tokio, 168 p.
- 1976 *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* por el P. Las Casas, Ed. Iwanami, Tokio, 205 p. y
The Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America por Lewis Hanke, Ed. Heibon-Sha, Tokio, 344 p.
- 1981 *Spain in America* por Charles Gibson, Ed. Heibon-Sha, Tokio, 310 p.
- 1984 *La Conquête de l'Amérique Espagnole* por Marianne Mahn-Lot, Col. *¿Qué sé yo?* Núm. 1584, Ed. Hakusui-Sha, Tokio, 179 p.
- 1985 *La Rebelión de Túpac Amaru* por Carlos Daniel Valcárcel, Ed. Heibon-Sha, Tokio, 236 p.
- 1987 *Instrucción al Licenciado Lope García de Castro...* por Titu Cusi Yupanqui, Ed. Iwanami, Tokio, 202 p.
- 1991 *Dios o el oro en las Indias: siglo XVI* por Gustavo Gutiérrez, Ed. Iwanami, Tokio, 208 p.
- 1992 *Guerra de México* por el P. Bernardino de Sahagún (manuscrito de 1580), Ed. Iwanami, Tokio, 317 p.
- 1993 *Apologia & Democrates Segundus* por Juan Ginés de Sepúlveda, Ed. Iwanami, Tokio, 252 p. y
Primera Parte de la Crónica del Perú (antología) por Pedro de Cieza de León, Ed. Iwanami, 289 p.

- 1994 *Primera Parte de la Historia natural y general de las Indias* (antología) por Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Ed. Iwanami, Tokio, 364 p.
- 1995 *Relación de las antigüedades de los indios* por el Fr. Ramón Pané, Ed. Keisui-Sha, Hiroshima, p. 69-93.
- 1995 *Apologética Historia Sumaria* (antología) por el P. Las Casas, Ed. Iwanami, Tokio, 343 p.
- 1995 *Relación de la descendencia, gobierno y conquista de los Incas* por los Quipucamayos, Collapiña y Supno, etc., Ed. Keisui-Sha, Hiroshima, p. 200-240.
- 1998 *Relación de las antigüedades de este reino del Perú* por Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui S., en *Estudios Hispánicos*, Vols. 23-25, Osaka. (en progreso)
- 1999 *Histoire du Mexique* por François Weymuller, Col. *¿Qué sé yo?* Núm. 815, Ed. Hakusui-Sha, Tokio, 170 p.
- 2001 *Moon, Sun and Witches, Gender ideologies and Class in Inca and Colonial Peru* por Irene Silverblatt, Ed. Iwanami, Tokio, 362 p.
- 2002 *L'Indigenisme* por Henri Favre, Col. *¿Qué sé yo?* Núm. 856, Ed. Hakusui-Sha, Tokio, 161 p.

Colega respetuoso, atento y colaborador, su investigación, presencia docente y actividad editorial han ido dejando importantes resultados y huellas en nuestra historiografía y en nuestro mundo académico pero también fuera de ellos. Es un auténtico americanista y peruanista y para acreditarlo están su constante labor de organización de simposios y seminarios, cuyo asunto central es la historia americana y andina en universidades y eventos académicos en Japón, en los Estados Unidos de América y en otros lugares del mundo.

Desde el lado de su personalidad hay mucho que decir respecto al profesor Someda, pues su relación con el Perú y, particularmente, con nuestra universidad no pueden explicarse solamente en términos académicos. Profesor visitante varias veces entre 1981 y 1989 nos ha frecuentado y ha colaborado con nuestra casa de estudios no solo en su condición de peruanista e historiador, sino como

soporte y dinamizador del programa de intercambio estudiantil con la Universidad de Estudios Extranjeros de Osaka. El vínculo de Hidefujii Someda con el Perú, su historia y su pueblo tiene en la Pontificia Universidad Católica del Perú su nudo principal y el mismo se encuentra tejido de afecto, amistad, relaciones académicas de carácter personal e institucional desde la época de su inicial llegada a nuestro país y a esta casa en la época en la que nuestro ahora rector *emérito* doctor Salomón Lerner, se desempeñaba como jefe del Departamento de Humanidades. Su vínculo con nuestro Instituto de Estudios Orientales data también desde entonces, es decir cuando estaba bajo la dirección del profesor Óscar Mavila y se ha mantenido y robustecido durante la gestión actual del doctor José León Herrera.

Persona sensible, amigo incomparable, Hidefujii Someda es uno de los nuestros, por sus méritos académicos y por sus vínculos entrañables con nuestra universidad, el Doctorado *honoris causa* que se le entregará está suficientemente acreditado y no faltan símbolos para denotar de qué manera su incorporación a nuestro claustro ha sido plena: nunca ha dejado de lucir creo que con respeto y orgullo nuestro escudo en su solapa; ha hecho todo lo que ha podido estar a su alcance y algo más para dialogar y colaborar con nosotros y contribuir al desarrollo de nuestra historiografía. Recuerdo por ejemplo cuando en 1994, para asistir al IV Congreso Internacional de Etnohistoria celebrado en nuestra universidad, Hidefujii viajó desde el Japón para llegar a Lima, leer su ponencia e iniciar al día siguiente el largo periplo de regreso a su lejano país. También está su acucioso y prolijo empeño para emprender el difícil y por ello meritorio trabajo de traducir al idioma japonés nuestros textos coloniales y llegar a una versión fiel a su sentido original. Y si de fidelidad se trata, hay que anotar que ella no ha sido solamente académica sino amical y al hablar de amistad debemos mencionar que la figura del profesor Someda resulta indesligable para nosotros de su esposa Emiko y de sus tres hijos, de manera tal que desde que como familia estuvieron un tiempo en el Perú, su preocupación ha estado permanentemente centrada también en nosotros sus colegas y amigos y en nuestras respectivas familias. Si Todorov afirmaba que:

“...la historia de las sociedades se convierte en algo más que la simple recolección de antiguallas únicamente a partir del momento en que podemos sentir nuestra común humanidad con esos personajes alejados –y cuando podemos, por consiguiente, incluirlos dentro de nuestro circuito de valores–.”

Añadiría que Hidefuji Someda alcanzó a sentir y hacernos sentir ese sentido de humanidad y universalidad plenas y que debemos agradecerle por ello.

El profesor Someda, gran amigo peruano

Luis Guzmán Barrón Sobrevilla

Ejemplo y aviso de lo presente, / advertencia de lo porvenir, escribía con sabiduría Lope de Vega al referirse a la historia, a la verdad que se esconde tras lo ya vivido. Con ello nos señalaba algo rigurosamente cierto: que la historia no es un vano ejercicio de nostalgia; que ella, por el contrario, al proporcionarnos un sentido crítico y reflexivo para acercarnos a las huellas del pasado, hace más sólido el terreno que transitamos. Y es que sin una clara conciencia de lo que hemos sido, el presente se disuelve en simple asombro o desconcierto ante la novedad y deja de ser auténtica experiencia colectiva que se proyecta hacia el futuro, moldeando así lo que habremos de vivir.

El quehacer histórico representa pues un instrumento fundamental para conocernos y tomar decisiones acerca de nuestro porvenir, pero también para amar lo que nos es propio como nación y, yendo más allá de las menudas pasiones o de los ánimos fugaces, actuar de un modo constructivo y solidario. Por ello el contacto con esta disciplina concierne, no sólo a estudiantes o especialistas, sino a todo aquel que forme parte de una sociedad.

La historia, además, contribuye a afirmar la presencia de los pueblos en el imaginario mundial, porque la idea que se forman los ciudadanos de otros países sobre una sociedad es muchas veces una consecuencia de su historia. La investigación del pasado deviene, entonces, en un medio de mayor conocimiento, de vinculación y de relaciones que van tejiendo la vida de la humanidad y su progreso.

Con lo dicho deseo resaltar la importancia de la obra y figura de nuestro homenajeado, el profesor Hidefuji Someda, muy apreciado amigo de nuestra casa de estudios, quien, como bien ha señalado la doctora Liliana Regalado, ha hecho singulares aportes al desarrollo de la historiografía latinoamericana, particularmente la vinculada

a las épocas andina y colonial de nuestra historia. En este ámbito, el profesor Someda ha realizado esclarecedoras investigaciones que muestran al mundo la riqueza de nuestro pasado, al tiempo que, como docente y autoridad de la Universidad de Estudios Extranjeros de Osaka, ha fomentado el interés de otros especialistas extranjeros en estos temas. A ello se suma su entusiasta labor como promotor de la publicación de traducciones de diversas crónicas y obras historiográficas relacionadas con nuestro país.

El merecido homenaje que esta tarde tributamos viene a reafirmar, además, la estrecha y fecunda relación que mantiene nuestro claustro con el mundo académico del Japón. Ella, es bueno recordarlo, se inició de manera formal cuando hace más de tres décadas, gracias a los doctores Franklin Pease y Salomón Lerner, entonces jefe del Departamento de Humanidades, se estableció un convenio que permitió la visita de profesores japoneses que tenían interés en desarrollar investigaciones sobre nuestra cultura y que, al mismo tiempo, estaban dispuestos a difundir aspectos de la suya en nuestra Universidad. Este convenio se extendió a otro que, desde 1982 hasta la fecha, posibilita el constante intercambio de docentes y alumnos con la Universidad de Estudios Extranjeros de Osaka.

Ese clima de mutua y fluida colaboración dio origen, a partir del año 1986, a las hoy muy esperadas Semanas Culturales del Japón y, dos años después, a la creación de nuestro Centro de Estudios Orientales.

Precisamente en este Centro –cuya sede se pudo edificar gracias a un donativo del gobierno japonés– nuestro homenajeado ha dictado numerosos cursos y conferencias en su calidad de asiduo profesor visitante de nuestro claustro.

Estimados amigos:

En esta ceremonia deseamos reconocer las cualidades académicas y personales del profesor Someda y su valiosa contribución al estudio y difusión de nuestra historia. Es también ocasión muy propicia para reafirmar una vieja amistad con una nación y una cultura con las cuales los peruanos nos sentimos profundamente cercanos.

Profesor Hidefuji Sameda:

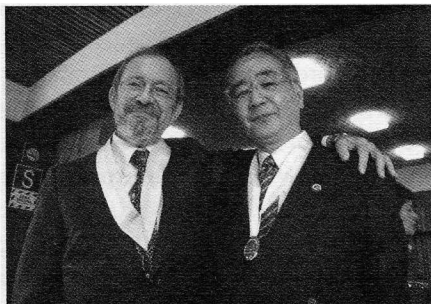
Compartiendo el unánime sentir de nuestra comunidad universitaria, es para mí sumamente grato cumplir el encargo que he recibido del Consejo Universitario y conferirle las insignias que lo acreditan como Doctor *honoris causa* de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Agradecimiento, recuerdo e investigación sobre las crónicas

Hidefuji Sameda

En primer lugar quisiera agradecerles a ustedes el haberse molestado en venir aquí para compartir conmigo estos momentos en los que se me honra con la distinción de Doctor *honoris hausa* de esta prestigiosa casa de estudios. Y como no soy buen orador ni poeta, no puedo expresar con la elocuencia requerida la honda emoción e infinito agradecimiento que me embargan al recibir título tan honorable como es el de Doctor *honoris causa*, premio que verdaderamente no merezco. Recuerdo ahora la ceremonia que hace más de veinte años tuvo lugar en esta misma sala, el Auditorio de Humanidades, para otorgar el mismo grado honorífico al reconocido investigador de la etnohistoria andina y pionero de los estudios latinoamericanos en Japón, el doctor Shozo Masuda, ex catedrático de la Universidad de Tokio. Claro es que entonces no podía pensar ni hacerme siquiera la ilusión de que algún día en el futuro yo estaría aquí, como el profesor Masuda, para tener el mismo honor de recibir distinción tan importante, y aún ahora me cuesta creerlo. Para mí y también para mi esposa Emiko, que me ha sostenido abnegadamente durante muchos años, la noticia de la decisión del Consejo Universitario sobre la concesión de tal grado fue una gran sorpresa inesperada y, al mismo tiempo, muy agradable. Y hablando con franqueza es un gran honor y un placer poder recibir la distinción Doctor *honoris causa* de tan renombrada casa de estudios como la Pontificia Universidad Católica del Perú. Excuso decir que sin la amistad incommovible y la ayuda desinteresada que desde hace más de veinte años me siguen brindando mis estimados colegas y mis queridos amigos y amigas de la administración, o sea los que en esta casa de estudios están dedicados a los valiosos trabajos académicos o administrativos para formar jóvenes estudiantes que puedan servir con profundos conocimientos humanísticos y sirviéndose de la metodología moderna de cada especialidad o de la alta tecnología, al desarrollo de la sociedad no sólo del Perú sino también del mundo entero; sin esa amistad,

digo, no podría hoy tener el honor de ser honrado como Doctor *honoris causa*. En este sentido les ruego me permitan mencionar aquí especialmente algunos de sus nombres para mostrarles mi agradecimiento por su atención desinteresada, inolvidable e inigualable; y son: el doctor Salomón Lerner Febres y su esposa la doctora Rosemary Rizo-Patrón y su familia, la doctora Liliana Regalado y el doctor José León Herrera, entre otros. Y también debo dedicar mi agradecimiento por su grata asistencia a dos destacados e insignes docentes e investigadores del Departamento de Humanidades, que han dejado prematuramente este mundo, el doctor Franklin Pease y el profesor



Hidefuji Someda recibe los saludos de nuestro rector emérito

Dr. Salomón Lerner Febres en el Auditorio del Departamento de Humanidades

Óscar Mavila, que en paz descansen. A todos ellos los conocí personalmente durante mi primera estadía en Lima como profesor visitante del Departamento de Humanidades, enviado por la Fundación Japón, y todos han dejado, no solo en mí sino en toda mi familia, una indeleble impresión del Perú y de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Por todo ello quisiera aquí referirme muy brevemente y con infinito agradecimiento a la historia de mi relación con esta Universidad de alta categoría, y pasar después a tratar acerca de mi investigación sobre las crónicas.

Fue el año 1981 cuando me encargué por primera vez de las clases de Historia del Japón en el Departamento de Humanidades. Esto se debe a que el mencionado profesor Masuda, a petición de la Fundación Japón, me pidió asumir el cargo de profesor visitante y encargarme de dichas clases. El profesor Masuda me sugirió en concreto dar una clase de la historia comparada del Japón e Hispanoamérica, ya que él sabía que entonces yo era uno de los pocos especialistas japoneses que se dedicaban a la investigación sobre la historia colonial de Hispanoamérica y el pensamiento del padre Bartolomé de Las Casas. Esa sugerencia, basada en el hecho de que el Japón e Hispanoamérica tienen la misma experiencia histórica de

la evangelización cristiana por misioneros europeos, fue muy eficaz, y, decidí acceder a su pedido. Y ahora puedo asegurar con claridad que aquella decisión marcó un hito muy importante en mi vida, ya que, gracias a ella, además de que pude tener la oportunidad de investigar la historia de mi propio país para preparar las clases y de conocer a los eminentes especialistas de la historia andina de esta renombrada casa de estudios, llegué, a través de las conversaciones y contactos cotidianos con los colegas, los amigos y los estudiantes, a persuadirme de que los hombres, si se tratan unos con otros con sinceridad y modestia, aunque sean de diferentes razas, idiomas y culturas, pueden entenderse y construir una relación propiamente humana y maravillosa. Así, mi primera experiencia como profesor visitante en la Pontificia Universidad Católica del Perú constituye un recuerdo eternamente inolvidable. Por ello quisiera dar las gracias a todos mis distinguidos colegas y a mis queridas amigas y amigos de esta casa de estudios, por haberme dado un regalo tan precioso, atendiéndonos a mí y a mi familia desinteresada y amigablemente como si fuéramos viejos amigos y por haberme abierto el camino a la investigación de la historia andina. Ya desde 1982 empecé a dedicarme con mucho entusiasmo a la investigación de la historia de los Andes, además del estudio sobre Las Casas, y gracias a la colaboración amistosa y a la asistencia académica de los ilustres profesores de esta Universidad, he podido escribir en japonés o en castellano numerosos artículos y varios libros con el tema de la historia andina y traducir varias crónicas y documentos históricos referentes a los Andes.

En fin, aunque esa primera estadía no me resultó nada fácil, pues vivía con la familia y la situación del país era inestable, y por otra parte, encontraba dificultades para cumplir la misión de difundir el conocimiento de la historia japonesa entre los estudiantes por mi falta de destreza en el manejo del habla castellana, después, cuando la Fundación Japón me encomendó el mismo cargo en 1984 y en 1986, ya no vacilé en asumirlo, sino más bien lo acepté gustosamente, y ello a pesar de que mis colegas de la Universidad me disuadían de venir al Perú con el pretexto de la precaria situación de la seguridad pública. Me movía también el deseo de transmitir y hacer comprender a los estudiantes de mi Universidad,

o mejor dicho de mi Seminario, la lección que aprendí en mi primera estadía en esta casa de estudios. Fue así que intenté entablar relaciones académicas y realizar un intercambio estudiantil entre la Pontificia Universidad Católica del Perú y mi Universidad y de acuerdo con ese convenio de intercambio ya han venido aquí más de cincuenta estudiantes de mi Seminario para, además de estudiar la historia andina, compartir la experiencia que yo tuve, entablando amistad con los jóvenes peruanos de su misma edad. Algunas de esas estudiantes son ya docentes universitarias y se dedican a la investigación de la historia andina, lo cierto es que no puedo disimular mi alegría al oír a las jóvenes que han estudiado como becadas en esta Universidad decir que quieren venir otra vez al Perú. En fin, la Pontificia Universidad Católica del Perú y sus profesores y administrativos son para mí un tesoro inapreciable, y no solamente en el sentido académico, sino también en el sentido de que me han enseñado la debida forma de comprender una cultura ajena y construir una relación propiamente humana entre hombres de diferentes razas y culturas.

A continuación, quisiera presentar brevemente algunas de mis reflexiones sobre el sentido de la diferencia entre la imagen del pueblo japonés y la del pueblo andino, que podemos encontrar en las crónicas o tratados redactados por los europeos hacia finales del siglo XVI. Y aquí quisiera tratar de las obras escritas por dos jesuitas que dejaron una huella imperecedera en la historia de la evangelización: uno en la del Perú y el otro en la del Japón; me refiero, respectivamente, al sacerdote español padre José de Acosta (1540-1600) y al padre Alejandro Valignano (1539-1606), de origen italiano.

Acosta es un personaje bien conocido y muy apreciado no solamente como eminente líder de los misioneros en los Andes, sino también como cronista destacado de las Indias. Como misionero, escribió hacia finales de 1576 en Lima, un voluminoso tratado en latín titulado *De Procuranda Indorum Salute*, para determinar con firmeza la política de evangelización de los Andes (fue publicado en 1588 en Salamanca con adición de su opúsculo *De Natura Novi Orbis*). Es una obra teórica sobre el modo de la evangelización

crisiana (misionología) y al mismo tiempo un manual para su práctica. Y como cronista, Acosta redactó una obra titulada *Historia natural y moral de las Indias*, aumentando mucho el texto *De Natura Novi Orbis* con los conocimientos y las informaciones que había conseguido en México donde permaneció por dos años en su camino de regreso a España. Esta obra se publicó en Madrid el año 1590, y es altamente valorada como culminación del esfuerzo intelectual de un siglo [Elliott 1970: 39].

Es bien sabido que en *De Procuranda*, el padre jesuita clasifica a los pueblos de "las Indias" en tres grupos o categorías de acuerdo con el grado de civilización, porque son "innumerables los pueblos de bárbaros y muy diferentes entre sí tanto por el clima, regiones y modo de vestir como por su ingenio, costumbres y tradiciones" [Acosta 1984: 55]. Conviene notar aquí que Acosta, al decir de "las Indias", no solo piensa en las Indias Occidentales sino también en las Indias Orientales, por lo que el término "indios" se refiere a los habitantes de ambas Indias. Y llega a decir que "por numerosas que sean las provincias, naciones y estirpes de los bárbaros, a mi entender, tras prolongado y concienzudo examen, son tres las clases, por así decir, de bárbaros, con grandes diferencias entre sí, a las que se pueden reducir casi todas estas naciones indianas" [*Ibid*: 61].

Según Acosta, los pueblos que pertenecen a la primera clase son los que "no se apartan gran cosa de la *recta razón*¹ y del género humano y los que tienen régimen estable de gobierno, leyes públicas y ciudades fortificadas, magistrados de notable prestigio, comercio próspero y bien organizado, y lo que más importa, uso bien reconocido de las letras." Y en esta primera clase de bárbaros entran primero los chinos y después los japoneses [*Ibid*: 63]. Como se ve, para clasificar a los bárbaros, Acosta da mucha importancia al uso de la razón y de las letras.

Después, Acosta coloca a los mexicanos y los peruanos en la segunda clase de bárbaros, que son los que, a pesar de que no han conocido

¹ El subrayado es mío.

el uso de la letras ni las leyes escritas, tienen magistrados propios bien determinados, régimen de gobierno, asentamientos frecuentes y fijos, jefes militares, un cierto esplendor de culto religioso y una norma determinante de comportamiento humano, y reseña con admiración la excelencia de los quipus [*Loc. cit.*]. Finalmente, el padre jesuita dice que a la tercera clase de bárbaros, pertenecen los hombres salvajes, semejantes a las bestias, que apenas tienen sentimientos humanos, tales como los caribes, de los que Acosta dice que “ellos no ejercen otra profesión que la de derramar sangre, son crueles con todos los huéspedes, se alimentan de carne humana, andan desnudos cubriendo apenas sus vergüenzas” [*Ibid:* 67].

Y nuestro padre señala un modo de evangelización distinto para cada una de las tres clases de bárbaros. En cuanto a los bárbaros de la primera clase, la manera de llamarlos a la salvación del Evangelio ha de ser casi igual a la que llevaron a cabo los Apóstoles en otros tiempos entre los griegos y los romanos [*Ibid:* 63]. En otras palabras, este modo de evangelización debía ser pacífico, con dulces palabras y buen ejemplo. En el caso de los de la segunda clase, es decir, los mexicanos y los peruanos, Acosta aconseja un modo imperioso, diciendo que “de no mediar una fuerza y autoridad de gobiernos superiores, a duras penas recibirían la luz del Evangelio, porque en sus costumbres, ritos y leyes se hallan muchas desviaciones monstruosas y mucha permisividad para ensañarse con los súbditos.” Y sobre los bárbaros de la tercera clase, nuestro padre afirma que “es preciso darles instrucción humana, para que aprendan a ser hombres, educarlos como a niños”. Y como conclusión declara que “no conviene, si no queremos errar gravemente, aplicar unas mismas medidas a todos los pueblos de las Indias” [*Ibid:* 69].

Acosta, pues, clasifica a los bárbaros de acuerdo con el grado de civilización o del uso de la razón y admite la legitimidad del uso de la fuerza para evangelizar a los bárbaros de la segunda y la tercera clase. Esto quiere decir que Acosta no pone en duda la legitimidad de las conquistas, o mejor dicho, que a él nunca se le ocurrió preguntarse sobre el significado de la muerte de los indios en las guerras de conquista que llevaron a cabo los españoles con pretexto de la evangelización. Esto lo demuestran bien las palabras

del mismo Acosta cuando en la obra *Historia natural y moral de las Indias*, escrita casi quince años después, afirma claramente que:

“podrá cualquiera entender que así en el Pirú como en la Nueva España, al tiempo que entraron los cristianos, habían llegado aquellos reinos a lo sumo, y estaban en la cumbre de su pujanza; pues los ingas poseían en el Pirú desde el reino de Chile hasta pasado el de Quito, que son mil leguas; estaban tan servidos y ricos de oro y plata, y todas riquezas... Fue también gran providencia del Señor, que cuando fueron los primeros españoles, hallaron ayuda en los mismos indios, por haber parcialidades y grandes divisiones. En el Pirú, está claro que la división entre los dos hermanos Atahualpa y Guascar, recién muerto el gran rey Guaynacapa, su padre, esa dio la entrada al Marqués D. Francisco Pizarro, y a los españoles, queriéndolos por amigos cada uno de ellos, y estando ocupados en hacerse guerras el uno al otro...”
[Acosta 1962 Lib. VII Cap. 28: 373-377. 374-375].

En fin, lo que le preocupa más a Acosta es promover la evangelización y civilización de los bárbaros, no solo del Nuevo Mundo, sino del mundo entero. Y aunque critica implícitamente la opinión de Fernández de Oviedo sobre la evangelización –que proponía una misma medida para todos los indios–, nuestro padre presenta tres medidas distintas basadas en una concepción de valor netamente europea sobre la razón y la civilización (igual conocimiento y uso de letras), e intenta, convencido, aplicarlas a todos los indios. Según Acosta, los seres humanos han de progresar desde la sociedad bestial hasta la sociedad civilizada con la fe cristiana, pasando por un estadio de sociedad humana, y en el mundo coexisten naciones que se encuentran en cada una de estas tres etapas. Como se ve, las tres clases de bárbaros a que hemos aludido, corresponden a las dos etapas del progreso (la bestial y la humana), en otras palabras, al mundo de los gentiles y Acosta cree que solo los cristianos pueden determinar la etapa de progreso en que los gentiles se encuentran y que tienen la responsabilidad de acercar a estos a la etapa más alta de la civilización, que es sin duda alguna la cristiana.

Así es que la diferencia que nos da Acosta entre la imagen del pueblo japonés y la del pueblo peruano, es una diferencia en el

grado de facilidad o dificultad para convertirlos al cristianismo. Esta diferencia de grado está basada principalmente en su fuerte providencialismo y en su teoría de la evolución cultural; teoría que el padre jesuita desarrolla sin duda alguna a partir del conocimiento histórico de Cieza de León sobre los Andes (es decir que Cieza reconoce por experiencia que en la misma región de los Andes coexisten tres tipos de los indios, que se diferencian en el proceso del desarrollo cultural desde la barbaridad hasta la policía; los indios antropófagos, los indios medio civilizados por la expansión de los incas, y los indios civilizados por la conquista española), ya que es claro que Acosta leyó con mucha atención la *Crónica del Perú*, antes de dirigirse al Perú y aun después. Y para realizar esta diferenciación nuestro padre estudia e investiga las culturas de los bárbaros basándose en sus propios conocimientos y experiencias, y en las informaciones fidedignas conseguidas a través de la red que la Compañía de Jesús tenía extendida por todo el mundo para la obra evangelizadora.

Pensando así, es natural que Acosta estuviese enterado de las cosas de la China y del Japón y es lógico que se opusiera con vehemencia a la opinión del jesuita Alonso Sánchez –quien insistía en la necesidad y en la justicia de la conquista de la China y del Japón–, ya que para Acosta los chinos y los japoneses pertenecen a la primera categoría de los bárbaros para cuya evangelización no es necesario el uso de armas.

Es este el momento de referirnos a otro padre jesuita que intervino activamente en la disputa en torno a la conquista de la China y del Japón para la evangelización: Alejandro Valignano, que se encargó tres veces de la visita al Japón como Visitador de la India Oriental (del 25 de julio de 1579 al 20 de febrero de 1582; del 21 de julio de 1590 al 9 de octubre de 1592 y del 5 de agosto de 1598 al 15 de enero de 1603 respectivamente) y que también fue quien propuso el envío de la famosa delegación de los cuatro niños japoneses cristianos a Roma para presentar el fruto de la evangelización del Japón ante las autoridades eclesiásticas de Europa, atraer su atención hacia la Iglesia del Japón y conseguir su comprensión y colaboración en varios sentidos.

Voy a tratar de examinar brevemente el documento titulado *Sumario de las cosas de Japón* (lo abreviaré en *Sumario*) que Valignano redactó en 1583 después de terminar la primera visita al Japón: es una relación confidencial y al mismo tiempo un documento verdaderamente crudo y fresco sobre las cosas del Japón que Valignano, como superior de los misioneros de la Compañía, dirigió al Padre General de los jesuitas en Roma, Claudio Aquaviva. A través del *Sumario*, podemos enterarnos de las graves circunstancias existentes en el interior de la iglesia católica del Japón, de los sufrimientos inimaginables de los misioneros, de los problemas que ellos se vieron obligados a resolver de inmediato para adaptarse a la diferencia de costumbres entre el Japón y Europa, y de la política de la evangelización. En resumidas cuentas, el *Sumario* es una fuente muy interesante e importante que pone en claro muchos aspectos internos de la historia de los cristianos en el Japón.

El *Sumario* consta de 30 capítulos y, según José Luis Álvarez [1954: 196], los tres capítulos introductorios en los que se describe detalladamente al Japón y a los japoneses, alcanzaron una amplia difusión en copias, a pesar de que se trataba de un documento confidencial. Veamos sucintamente cómo se describe al pueblo japonés. En el capítulo I, titulado "De la descripción, costumbres y cualidades de Japón", Valignano, después de explicar en breve las características geográficas del país, escribe sobre los japoneses como sigue:

"La gente es toda blanca y de mucha policía, porque aun los plebeyos y labradores son entre sí bien criados y a maravilla corteses, que parecen ser criados en corte, y en esto exceden no solamente a las otras gentes de Oriente, mas a los nuestros de Europa. Es gente muy capaz y de buen entendimiento, y los niños son muy hábiles para deprender todas nuestras ciencias y disciplinas, y decoran [recitar, aprender de memoria] y aprenden a leer y escribir en nuestra lengua mucho más fácilmente y en menos tiempo que nuestros niños de Europa; ni en la otra gente baja hay tanta rudeza y incapacidad como en nuestra gente, antes comúnmente son todos de buenos entendimientos, bien criados y expertos." [*Ibid*: 5]

Así Valignano aprecia las dotes intelectuales de los japoneses y explica después con detalle las costumbres y cualidades del pueblo japonés, algunas veces comparándolas con las de los europeos, y llega a concluir que “no se puede negar ser la gente de Japón noble, cortés y de muy buen natural y entendimiento, tanto que en muchas cosas hacen ventaja a los nuestros de Europa...” [*Ibid.*: 24]. Es de notar aquí que Valignano no fue el primero en apreciar la capacidad del pueblo japonés por el conocimiento y uso de las letras, ya que el primer misionero, Francisco Xavier, en carta fechada el 5 de noviembre de 1549, escribió que “gran parte de la gente sabe leer y escribir” [*Ibid.* Véase Nota 14: 5]. Pero vale la pena señalar que Valignano, al igual que Xavier, llama a los japoneses “gente blanca” apreciando en mucho la cultura japonesa y el nivel intelectual del pueblo japonés. Y excusamos decir que esta “gente blanca” corresponde a los bárbaros de la primera categoría de Acosta. Esto quiere decir que los tres jesuitas comparten una conciencia discriminatoria para con los gentiles de color.

Pues bien, el Padre Visitador, que tanto estima las capacidades y cualidades –tales como paciencia, prudencia, contención, limpieza, etc.– del pueblo, censura en seguida a los japoneses, diciendo al principio del siguiente capítulo que “las buenas partes que tienen los japoneses son muy afeadas y destruidas con otras malas, que se hallan entre ellos, que fueron siempre comunes a toda gentilidad” [*Ibid.*: 25]. Esta sorprendente contradicción de la coexistencia en un mismo pueblo de las buenas costumbres y las malas la atribuye Valignano a sus ídolos y maestros (bonzos), afirmando que “siempre fue costumbre de gentiles vivir metidos en grandes vicios y pecados, pues de sus ídolos y maestros no pueden recibir otras leyes ni otra doctrina, y particularmente se ve esto en Japón” [*Loc. cit.*]. Después, el Padre Visitador pasa a enumerar cinco vicios y pecados de los japoneses: (1) los sensuales abominables (homosexuales), (2) la poca fidelidad con sus señores, (3) no extrañar el mentir y ser doblados y fingidos, (4) crueldad y facilidad en matar y (5) propensión a beber y afición a fiestas y banquetes, y los explica uno por uno para inculpar a los bonzos [*Ibid.*: 27-33]. Valignano, aunque critica estas cinco cualidades perversas del pueblo japonés y está bien enterado de las difi-

cultades político-económico-sociales para promover la actividad proselitista de la Compañía en el Japón, se muestra optimista de cara al porvenir, diciendo otra vez que “habida toda gente blanca, de mucha policía, prudencia y entendimiento y muy sujeta a la razón, de lo que todo se puede esperar, como por experiencia se ve, fruto muy grande” [*Ibid* Cap. VI: 131-132].

Y el Padre Visitador, tomando por cosa común entre los gentiles el que los japoneses admitan la existencia de dos tipos de dioses, llamados respectivamente “kami” (en el sintoísmo) y “hotoke” (en el budismo), y estimando más bien la religiosidad del pueblo japonés, propone minuciosamente una medida conveniente e indispensable para promover la evangelización, consistente en la acomodación o adaptación por parte de los misioneros a las extrañas e incomprensibles costumbres del Japón. Así, Valignano insiste en la necesidad de respetar cuanto sea posible las tradiciones culturales de la tierra que se evangeliza, dando mucha importancia al “buen entendimiento” (es decir la recta razón y el conocimiento y uso de letras) de sus habitantes.

Tomando en cuenta el carácter del documento en cuestión, es natural que Valignano no se refiera para nada al pueblo andino, pero es seguro que estaba enterado de la actividad de los jesuitas en los Andes, ya que, como demuestra el caso de Acosta, la red de la Compañía extendida por todo el mundo permitía la comunicación de las experiencias entre los misioneros que trabajaban en regiones muy alejadas entre sí. De hecho, el Padre Visitador se refiere al Perú en las Adiciones del *Sumario* (1592).

Pero aquí no debemos olvidar que la imagen creada por los jesuitas sobre los gentiles o su cultura del “Nuevo Mundo” depende exclusivamente del grado de la “supuesta” facilidad de la evangelización y civilización de los no cristianos. “Supuesta facilidad”, porque Valignano, después de su segunda visita hecha entre 1590-92² modifica su punto de vista sobre el pueblo

² En 1587 el gobernante Hideyoshi Toyotomi promulgó el decreto de la prohibición del cristianismo.

japonés y su cultura, especialmente de los hermanos japoneses de la Compañía y llega a decir que “como carecen del conocimiento del mundo fuera del Japón, no tienen la razón universal de que estamos dotados nosotros, y están aferrados tenazmente a sus antiguas costumbres [perversas]...” En fin, los hermanos japoneses no son los hombres con que los misioneros cristianos puedan construir la relación igualitaria a nivel de la fe y del reconocimiento del mundo. Aquí se ve con claridad que la imagen del pueblo japonés de Valignano responde bien al reconocimiento de Acosta sobre los japoneses.

De aquí podemos concluir que tanto la clasificación de los bárbaros de Acosta como el optimismo o pesimismo de Valignano acerca de la evangelización del Japón, están igualmente basados en la confianza de que son únicamente los cristianos europeos quienes pueden juzgar del grado de uso de la razón de las otras naciones (gentiles) del mundo. O sea que en la misma diferencia entre la imagen sobre el pueblo japonés y sobre el pueblo andino aparece reflejado ese sentimiento de confianza que llamamos eurocentrismo.

Lo más lamentable para nosotros los japoneses es que, en aquel entonces, no había ni un japonés (a excepción: Hakuseki Arai en el siglo XVIII) que pudiera reconocer la imagen del mundo y la profundidad de la historia mundial producidas por la conquista y el sentido y la función de su temible ideología, es decir el eurocentrismo. Es así que desde la apertura del país al mundo exterior (1868) después de casi tres siglos de la política aislacionista del shogunato de Edo (Tokugawa), nuestro país, sin poner en tela de juicio el sentido del eurocentrismo, ha adaptado casi ciegamente la ideología europea.

Pero aquí en los Andes, por lo menos sí había un indígena que bajo la rigurosa dominación española llegó a captar bien la imagen global de la conquista, quien es Felipe Guamán Poma de Ayala. Porque Guamán Poma se opuso fuertemente a la imagen de la historia de los Andes que crearon los cronistas españoles basándose en el prematuro eurocentrismo. Por ello para mí estudiar a Guamán Poma y la

historia andina es reflexionar nuestra propia historia especialmente para encontrar un nuevo camino que nos conduzca a construir una verdadera historia de la humanidad, que no tiene nada que ver con el eurocentrismo.

Bibliografía

ACOSTA, José de

Historia natural y moral de las Indias. Edición preparada por Edmundo O'Gorman, Fondo de Cultura Económica, México.

De procuranda indorum salute. Pacificación y Colonización, por L. Pereña, V. Abril, C. Baciero, et. al., Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Corpus Hispanorum de Pace, Vol. XXIII, Madrid.

VALIGNANO, Alejandro

Sumario de las cosas de Japón (1583), *Adiciones del Sumario de Japón* (1592). Editados por José Luis Álvarez-Taladriz, Sophia University, Tokio.

ELLIOTT, John H.

The Old World and the New 1492-1650. Cambridge University Press.

TAKASE, Kouichiro

1993 *Kirisitan no Seiki* (El siglo de los cristianos). Edición japonesa, Ed. Iwanami, Tokio.

SOMEDA, Hidefuji

1998 "Las crónicas: la mejor herencia del renacimiento" en *En el umbral del Milenio*, Tomo I, p. 331-336, SIDEA, Lima.



En el Auditorio de Humanidades, el viernes 29 de abril del 2005, los profesores (de izq. a der.) Dra. **Liliana Regalado de Hurtado**, decana de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas; Dr. **Hedefuji Sameda**, doctor *honoris causa*; Ing. **Luis Guzmán Barrón Sobrevilla**, rector; Dr. **Efraín Gonzales de Olarte**, vicerrector administrativo; y Dr. **René Ortiz Caballero**, secretario general de la Universidad. (Foto por Giovanna Fernández Guadalupe).

Índice

Presentación, por Salomón Lerner Febres Rector <i>emérito</i>	5
<i>Hidefuji Someda: animador del diálogo intercultural,</i> por Liliana Regalado de Hurtado	8
<i>El profesor Someda, gran amigo peruanista,</i> por Luis Guzmán Barrón Sobrevilla	15
<i>Agradecimiento, recuerdo e investigación sobre las crónicas,</i> por Hidefuji Someda	18

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Vanessa Veintemilla Minaya
Pablo Páucar Chumpitaz
Carolina Uceda Castro
Roberto Zuloeta Arroyo
Soledad Acosta Mondragón
Cinthia Llanos Ramírez
Luis Sandoval Gómez
Archiveros

Marita Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Erick Ragas Rojas
Bibliotecario

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

Benito Paredes Castro
Impresor

Ejemplar N° **212**

El número 41 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta PUCP (San Miguel, Lima) el 20 de setiembre del 2005, nonagésimo primer natalicio del padre Felipe E. Mac Gregor Rolino S.J., rector *emérito* de la Pontificia Universidad Católica del Perú. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.